

Méry: El Castillo de Udolfo (1)

Anne Radcliffe poseía una sombría imaginación. No es que hubiese inventado los fantasmas, pero llegó a perfeccionarlos. El número de seres misteriosos que esta fecunda mujer ha sabido evocar, es incalculable. Los novelistas suelen tomar sus héroes del mundo real, Anne Radcliffe exhumaba los suyos del mundo imaginario. Todo personaje convencido de existir, era excluido naturalmente de sus dominios: Y de este modo, para librarse a conciencia dentro de un género que sabía explotar a la perfección, se apartaba del mundo y llevaba una vida acorde con su vocación de autora infernal. Nada hay más terrible que un subterráneo cavado por las manos de Anne Radcliffe. Los castillos construidos por ella son tan inhabitables como inhabitados, porque ocurren cosas espantosas a la medianoche, hora oficial de los fantasmas, cuando jamás se oye sonar el campanario sin experimentar doce latidos en el corazón. ¡Ay, el siglo ha cambiado!: el escepticismo lo ha cubierto todo, los espectros han caído de su pedestal, la mitología de Anne Radcliffe se ha sepultado en la nada. Todos somos espíritus fuertes. Y hasta cenaríamos con el espectro de Banco, si éste nos diera de algo de comer. La medianoche ya no es para nosotros una hora formidable, es el mediodía de la noche.

John Lewing no pensaba de este modo, era un espíritu débil. Hijo de un honorable baronet de Devonshire, había heredado una inmensa fortuna — a una edad feliz en la que el hombre la valora, porque sabe aprovecharla para sus placeres. Pero John Lewing no recordaba que la tuviese, sino por raros intervalos, y sólo apelaba en su socorro para satisfacer la más fantástica de las pasiones. Se había convencido de haber visto dos aparecidos y un cierto número de espectros. Dividía las apariciones en categorías: le gustaban bastante los duendes, se complacía con los genios, los gnomos le hacían sonreír; podía conversar incluso familiarmente con los fantasmas, pero no podía soportar a los espectros y, sobre todo, a los aparecidos. Sin embargo, no les temía ni rechazaba cualquier ocasión donde pudiera encontrarse, en algún pasadizo, en compañía de espectros encadenados. O entablar con ellos relaciones de buena vecindad. Había vivido, en Devonshire, en varios castillos cuya reputación era infamante. Había arrendado cuatro de esos castillos y todas las noches cambiaba de aposento, como Dionisio el tirano, no para evitar alguna aparición sino para encontrarse con ella: suponía que un espectro podría aficionarse más a una de ellas que a otra. ¡Y bien! A pesar del empeño depositado en su curiosidad de todas las noches, no había llegado sino a ver dos aparecidos; y aún a veces dudaba cuando reflexionaba sobre ello.

La biblioteca de John Lewing no se componía sino de novelas de Anne Radcliffe: encuadradas en piel de *ghoul* ennegrecida, según afirmaba, con grabados en el lomo de tibias cruzadas. Los estantes eran de madera de ciprés. Su libro predilecto no podía ser otro que *Los misterios del castillo de Udolfo*. ¡Qué novela! Era el más bello ideal de la fealdad subterránea. ¡Qué alegres parecían, en comparación, las otras tristes obras de la misma autora! Nunca antes Anne Radcliffe se había esforzado tanto en asustar como en el *Udolfo*. Cada una de sus páginas parecía girar con un rechinamiento de chatarra, cada línea parecía impregnada de un polvo sepulcral, cada letra era un ojo avisador que contemplaba al lector. Un hombre nervioso no podría dormir en un cuarto habitado por esos cuatro volúmenes sulfurosos: se vería obligado a exiliarlos, por el bien de su sueño.

Anne Radcliffe había hecho la exacta topografía de las montañas en las que se cernía el castillo de Udolfo, cuidando describir las localidades en sus más minuciosos detalles. Era tan distinta en ese punto de otros novelistas que no respetan al lector en lo más mínimo, que construyen castillos imaginarios en países que jamás han existido. Anne Radcliffe llegó a trazar un catastro tan fidedigno del dominio de Udolfo, con sus anexos y dependencias, que ante el primer mapa de los Apeninos en caer bajo sus ojos, el menos geógrafo de los hombres puede poner el dedo en el punto exacto y afirmar, tal como lo hace el héroe de la novela: *¡He aquí, Udolfo!*

John Lewing llegó a dibujar un día, sobre el polvo de Hyde Park, el sombrío señorío de Montoni, la montaña que lo rodea y el bosque de abetos inclinados de vergüenza, por haber encubierto tantos crímenes. Luego tomó cartas de crédito de su banquero de Florencia y se embarcó hacia Brighton para llegar hasta Livorno, con un ejemplar de la novela de Udolfo y algunos pañuelos de seda como todo equipaje; había trazado en un álbum su itinerario, que debía llevarlo hasta Udolfo con los ojos cerrados.

John Lewing llegó a la Toscana el 4 de junio de 1832; no se detuvo en Livorno más que para tomar un té en la *locanda* del *Quierca reale*. Diez horas después, su silla de posta lo dejaba en Florencia, en el albergue de Schneider.

En la mesa de huéspedes se hallaba sentado un alemán octogenario, llegado desde Munich para morir en Roma ante un cuadro de Cornelius; un inglés enamorado de la Venus de Médici, la cual había pedido en matrimonio al Gran Duque; y tres jóvenes franceses, de largas melenas, dedicados al arte. Llegado el momento de los postres tuvo lugar una conversación, cada uno exponiendo sus principios. John Lewing no tenía otros que sus teorías sobre los aparecidos: las cuales expuso con mucha gravedad. Los comensales se quedaron atónitos. Un mapa de los Apeninos se desplegó sobre la mesa; se solicitaron alfileres al mesero; John Lewing se paseaba sobre las cumbres boscosas, atravesaba los lagos, franqueaba los torrentes, penetrando osadamente bajo las bóvedas sombrías del castillo de Udolfo, haciendo que, con servilletas, los comensales se vistiesen como espectros, lo cual le provocó un ataque de nervios. Los tres artistas franceses lo acompañaron hasta su cuarto de dormir; presentándole, con una voz sepulcral, una infusión de tilo. John Lewing, como para recomendar esa demostración de generosidad francesa les comunicó sus planes, rogándoles que tuviesen a bien de acompañarlo hasta el castillo de Udolfo. Los franceses se excusaron civilmente, aduciendo que se veían obligados a permanecer en Florencia, pues debían restaurar un fresco borrado de Memmo Gaddi.

John Lewing les dijo:

«¡Y bien! Puesto que no estáis dispuestos a seguirme, partiré solo.»

A la medianoche, se separaron.

Dos días después, John Lewing solicitó que le fuesen entregados unos caballos y partió por la ruta de Siena hasta llegar a un villorrio, sólo compuesto por dos casuchas, llamado miserablemente Torri-neri.

Continuará...

(*) JOSEPH MÉRY (1797-1866): «Le Château d'Udolphe», publicado en *Les nuits anglaises. Contes nocturnes* (Michel Lévy Frères, París, 1853).

Trad.: J.C.O.

DAZET

Nº 18 - BUENOS AIRES/2017 - GRUPO SURREALISTA DEL RIO DE LA PLATA

Una breve prolongación al Juego de las Toponimias.



CÓNDOR EN EL EDIFICIO JUGENDSTIL OTTO WULFF (ESQUINA DE BELGRANO Y PERÚ / BUENOS AIRES, BARRIO DE MONSERRAT).

Construido en 1914 por el arquitecto danés Morten F. Rønnow, el edificio iba a servir como sede diplomática para el imperio Austro-Húngaro. Los avatares de la Historia determinaron que, cuatro años más tarde, el imperio desapareciera y la obra acabase destinada al alquiler de estudios para arquitectos y, actualmente, en su planta baja, como local de una conocida cafetería cuyo emblema es una sirena con dos colas o «Melusina». En lo alto, dos agujas terminan rematadas por un sol y una corona las cuales simbolizan, una a Francisco José y la otra a Sissi emperatriz. La fachada incluye ocho gigantes atlantes: siete de ellos representan a los diferentes gremios que participaron de la construcción y el octavo al propio arquitecto, señalando con un dedo la ventana de su buffet. La decoración exterior se completa con un número de especies autóctonas, entre las que figuran osos, pingüinos, loros y lechuzas; destacándose, por su mayor tamaño, cuatro cóndores andinos o *Vultur gryphus* (buitre grifo).

El edificio Otto Wulff fue construido sobre las ruinas de una casa colonial del s. XVIII, que perteneció al octavo virrey de España, Joaquín del Pino y Rozas. Luego, al morir, habitó en ella su viuda, por lo que se la llamó la «Casa de la vi-reina vieja». La vivienda fue escenario de cruentos combates durante la 2ª Invasión Inglesa de 1807. Y en ella encontró refugio, hasta ser capturado vivo, el teniente coronel inglés Henry Cadogan. Más tarde fue residencia obispal, vivienda del ministro de Portugal, monte-pío y casa de inquilinato.

*

Tomando como ejemplo la estatua del segundo cóndor sobre la calle Perú:

MODIFICACIONES: Se vería mucho más bonito si se alzara, para aparecer de pronto o al descender de una calesa, en las regiones más inhóspitas y remotas de la Antártida, en las estepas de Siberia o en los ondulantes bosques de los Cárpatos.

OBJETO EN OPOSICIÓN: Tuerce su cuello en dirección S-O, mirando a la distancia hacia la calle Chacabuco, lugar donde se encontraba el atelier del novelista escocés Oscar McLennan; casi pegado al Casal de Catalunya y a pocos pasos del pub «Gibraltar», donde solía tomar unas pintas de cerveza y jugar al pool. **LO QUE SUCEDE:** El ave petrificada no olvida que a metros de allí habitaba el autor de «Esperando el beso del Rey del Pollo» (*) (segunda novela = segundo cóndor). Y mira entonces con inquina hacia el sitio donde se habían pergeñado tantas leyendas injuriosas contra sus parientes lejanas las gallinas. En noches de tormenta parece querer arrancarse de la inmensa mole de cemento que la mantiene cautiva, mientras su compañero — el primero de los cóndores — observa melancólicamente hacia abajo, en dirección de un arbolillo.

LO QUE DICE LA ESTATUA: «Virreina y monja en primavera».

NOMBRE DEL LUGAR: La casa de la señorita Gilpet en la Villa Peterhoff.

JUAN CARLOS OTAÑO

—

(*) Próxima a aparecer en Ediciones Pepitas de Calabaza.

Nuevos coloquialismos incorporados por la RAE.



AMOR: Del exquisito mundo y del cama-fósiles, y del jugar eternamente con un baldecito de ámbar esotérico, nació nuestro amor. ¹

ARROZ: Cuando comía arroz, siempre antes recordaba sus pies descalzos de zapatos que hubieran absorbido y reemplazado la suela. ²

BAILE: Me abrí paso entre todo ese plancton unicelular del baile, para invitarte a danzar una danza que no terminaría nunca, como un disco con la forma de la cinta de Moebius, espejo en el que te pintaste los labios de concha marina. ³

BÚHO: Podría decirse, que ese hueco en el árbol era demasiado oscuro. Pero los ojos del búho eran amarillos, vibraban y brillaban. Quizá parte de la belleza de este pájaro fuera la rigidez. ⁴

CANASTA: Una canasta expósita y desprendida de todo patrimonio libidinal, diríase una materia prima sin labrar. ⁵

CIUDAD: La ciudad era rara. El Fakir parecía desconocer sus costumbres. ⁶

ENIGMA: La carreta tirada por dos burros llegó al lugar donde el enigma brillaba. ⁷

ESFERA: En este bosque hay demasiadas esferas. Su fluorescencia narcisista no deja dormir a las ardillas. ⁸

FAMILIA: Eras parte del género «conocardium», vivías cerca de tu familia, la que agitaba el agua azul y ostentaba como blasón un riguroso orgullo de tentáculos filamentosos. ⁹

GARRA: — Pero yo en su nombre — expresó Rigoberta — puse bajo su garra inmensa una flor del bosque, del campo, una arena fina de la playa, una pinza de cangrejo. ¹⁰

HELADERÍA: La heladería se llamaba: «El hijastro de Kaspar Hauser». ¹¹

HIJO: Sus plumas de hijo maduro flameaban a los cuatro vientos. ¹²

Glosario compuesto con fragmentos de diversos relatos de Gerardo Balaguer: «El cama-fósiles» (1, 3, 9); «Misteriosa ciudad» (2, 4, 6, 8, 11, 14); «Conversaciones con un portero antiguo» (5, 10, 12, 16, 17, 19, 22, 24, 29); «El meteorito» (7, 13, 15, 18, 27); «La taberna "El arado olvidado"» (20); «La isla del sí y el no» (21); «El psicólogo perverso» (23); «Mandarina, la hija del huerto» (25); «Nace un pintor» (26); «En un barrio de gatos mansos» (28).

Cefaléutica de Buenos Aires.

Toponimia y guía histórica de los decapitados de Capital Federal.

CALLE BONPLAND (PALERMO)

Aimé Jacques Alexandre Goujoud Bonpland (1773-1858), también conocido como Amadeo Bonpland, fue un médico, naturalista y botánico francés. Célebre compañero del alemán Alexander von Humboldt en la expedición realizada en 1799 a través de América, en la que por cinco años recorrieron alrededor de diez mil kilómetros a caballo entre América Central y América del Sur. Su viaje de exploración los llevó a relevar, descubrir y catalogar miles de especies de plantas, además de la fauna, animales, lugares y fenómenos naturales. En 1821 un conflicto de intereses en relación a la plantación de yerba mate, lo lleva a ser arrestado durante diez años por el dictador del Paraguay José Gaspar Rodríguez de Francia. Una vez liberado se radica en la provincia de Corrientes. Allí muere el 10 de mayo de 1858 a la edad de 85 años. Debido a la celebridad de Bonpland, el gobernador de Corrientes Juan Gregorio Pujol envió a un profesional a embalsamar el cuerpo del naturalista para poder ser transportado a la capital. Según el escritor David N. F. Guevara, el embalsamamiento lo realizó el Dr. Antero de Rivero en la localidad



SILUETA DE AIMÉ BONPLAND

de Paso de los Libres en la casa de Doña Rafaela Domínguez.

Como parte del proceso de desecación el cuerpo del botánico debía ser expuesto al sol. Bonpland fue acomodado en el frente de la casa de la Sra. Domínguez. Un borracho que se presentó en el lugar saludó repetidas veces al difunto. Creyéndolo indiferente o despreciaativo a su persona sacó su cuchillo y le asestó una estocada en el cuello malogrando la intención de su homenaje. Bonpland fue sepultado con cierto apremio en el cementerio de Paso de los Libres.

VICENTE MARIO DI MAGGIO
Director encargado del Tre

HOMBRE: Lampiño de años-luz, el hombre se asombra y decide limitarse a contar cabezas de ganado. ¹³

LOBO: No había lobos que aullaran a la luna llena, pidieran su pareja o extrañaran la distancia exagerada de los espacios interestelares. ¹⁴

LUXOR: — Mi nombre es Luxor, y cuando entro a una ciudad, impongo un báculo de flores y picaflores. ¹⁵

MAMUT: Comienza a molestarle el corpiño como si fuera de piel de mamut. El corpiño se convierte en dos manos que juegan al ta-te-ti. ¹⁶

MEDIAS: Sólo tenía medias de lana, lo que durante mucho tiempo lo había vuelto silencioso. ¹⁷

MOMIA: Después de tanto hablar de libros antiguos y bibliotecas perdidas, la momia salía del pantano reconfortada. ¹⁸

MONÓLOGO: Comienza su monólogo una vez que sus dulces venas se inflaron de vino como las ruedas de una escalera o de una bicicleta. ¹⁹

OSCURIDAD: Mi oscuridad es tan oscura, que sólo se mancha de blanco. ²⁰

OSTRA: Enseguida comprendí la verdad. Adoraban a una gran ostra de tres metros de largo y dos metros de alto. ²¹

PERA: Niña con cara de pera fresca. ²²

PSICÓLOGO: Esa noche de niebla, truenos y relámpagos, el psicólogo se puso la capa negra para cenar paloma al horno. ²³

RELOJ DE ARENA: Detrás del reloj de arena, la mueca de los que nacen. ²⁴

RHUM: En esa mesa desgastada del sótano, bebían un rum de Dakar, que les mantenía brillantes los dientes de oro. ²⁵

RUBIO: Yo no era rubio cuando conocí a la maestra. ²⁶

SANDÍA: Las sandías parecían dormir. ²⁷

TÍO: Hubo un tío que quedó girando en éxtasis como un trompo, cuando comenzó a llover. ²⁸

VINO: Un buen vino espumante calienta siempre la sangre, aunque afuera en los canales reine por siempre la tiniebla. ²⁹

GERARDO BALAGUER



JUAN CARLOS OTAÑO
El inconsciente.

EN EL TRONCO TALADO DE UN VIEJO ÁRBOL...

En el tronco talado del viejo árbol, donde un corazón se ha descompuesto, hay un agujero del largo del brazo de un hombre, y una charca húmeda en el fondo donde se junta la lluvia y las viejas hojas se entrelazan. Pero no ponga su mano abajo para ver, porque

En los troncos talados de los viejos árboles, donde los corazones se han descompuesto, hay agujeros del largo del brazo de un hombre, y charcos húmedos en el fondo donde se junta la lluvia y las viejas hojas se entrelazan, y el pico de un pájaro muerto se abre como una trampa. Pero no ponga su mano abajo para ver, porque

En los troncos talados de los viejos árboles con corazones descompuestos, donde se junta la lluvia y las hojas se entrelazan, y el pájaro está muerto como una trampa, hay agujeros del largo del brazo de un hombre, y en cada hendidura de la madera podrida crecen ojos de comadreja como moluscos. Sus valvas se abren y cierran con la marea. Pero no ponga su mano abajo para ver, porque

En los troncos talados de los viejos árboles, donde se junta la lluvia y se mezclan las hojas y el pico y los ojos enlazados de una comadreja, hay agujeros del largo del brazo de un hombre, y en el fondo una biblia empapada escrita en el lenguaje de los grajos. Pero no ponga su mano abajo para ver, porque

En los troncos talados de los viejos árboles donde los corazones se han descompuesto, hay agujeros del largo del brazo de un hombre, donde las comadreas están atrapadas y las letras de la lengua de un grajo enlazadas a las hojas empapadas, y en el fondo hay un brazo de hombre. Pero no ponga su mano abajo para ver, porque

En los troncos talados de los viejos árboles donde los corazones se han descompuesto, hay agujeros profundos y charcos húmedos donde se junta la lluvia, y si alguna vez pone su mano para ver, puede limpiarla en la hierba entrelazada hasta que sangre. Pero nunca querrá comer allí otra vez.

HUGH SYKES DAVIES

Contemporary Poetry and Prose, nº 7, noviembre de 1936.